



Max Eastman

La visión de un radical estadounidense sobre la “bolchevización” del movimiento revolucionario norteamericano (y un olvidado, pero inolvidable, retrato de Trotsky)

Loren Goldner

Vivíamos en tiempos inocentes de guerras mundiales, de fascismo, de nazismo, de soviets, del *Führerprinzip*, de estados totalitarios. Nada de lo que hablamos alguna vez fue intentado. Pensábamos en la política democrática, con sus derechos básicos y libertades, como cosas buenas permanentemente aseguradas. Plantándonos sobre estas bases firmes, propusimos escalar más alto, a la democracia industrial o ‘verdadera’ democracia”.
Max Eastman, **Love and Revolution** (1964)

El siguiente artículo es un intento de disparar una discusión sobre qué fue lo que pasó con las mejores esperanzas de los “años rojos” en los Estados Unidos, después de la Primera Guerra Mundial. Examinando particularmente la transición en los Estados Unidos, desde la Industrial Workers of the World (IWW) y la izquierda del viejo Partido Socialista hasta la creación del Partido Comunista (una transición que alguna vez consideré unilateralmente positiva), me encontré con la gran olvidada y (por aquellos pocos que lo recuerdan) maliciosa figura de Max Eastman.

Eastman, de hecho, terminó mal, como un *cold warrior*¹ escribiendo para **Reader's Digest**. Por esta razón, pasaron inadvertidas en la izquierda sus memorias de las décadas de 1910 y 1920. Pero a pesar de que Eastman tuvo un giro hacia la derecha, en parte por el disgusto que le provocaba tener que arrastrarse frente a Stalin en los años ‘30, como sí lo hicieron los liberales y los liberales *radicals*; y por el trato que recibió por parte de ellos cuando (todavía en la izquierda) explicitó algunas verdades desagradables sobre Rusia; se las arregló para escribir en las décadas de 1950 y 1960 dos volúmenes de memorias que todavía ilustran, con cinismo, las grandes esperanzas de su juventud.

1 [El término se utiliza en los Estados Unidos para identificar a quienes estuvieron ligados de alguna manera (ideológica o políticamente) a la “Guerra Fría”, de ahí que su traducción literal sea “guerrero frío”]

Max Eastman, en sus dos volúmenes de memorias,² expresa la misma percepción [que tenían otros escritores de izquierda, como Kenneth Rexroth³ y Dwight MacDonald⁴] sobre la realidad de la izquierda estadounidense antes de 1914.

Como todos mis amigos *radicals* —escribió— confundí la realidad con el paraíso incomparable que prevaleció en los Estados Unidos al cambiar el siglo. A pesar de las masacres de Ludlow y la construcción de bombas en la industria pesada de acero, fue un pequeño momento protegido de la historia, con paz y progreso, en el que crecimos. Fuimos niños criados en jardines de infantes, pero ahora la realidad venía a nuestro encuentro. La historia retomaba su curso sangriento.” (LR: 22)

(Aquellos que, como yo, entraron en la adolescencia a comienzos de la década de 1960 pueden expresar una versión reducida del mismo sentimiento, a pesar de la Guerra Fría y Jim Crow.) Es necesario recordar este “final de la inocencia estadounidense”, como se lo llamó, para explicar cómo un movimiento que produjo a la IWW, a Big Bill Haywood, a John Reed, a Eugene Debs, al Paterson Pageant de 1913 o una revista con la calidad de **The Masses**, pudo algunos años después de 1917, desviar su curso hacia distintas sectas bien identificadas que rápidamente se volvieron susceptibles para Joseph Peppers y peores. Este “fin de la inocencia” trajo aparejado, por parte del gobierno de Wilson, una represión masiva (que incluía censura, encarcelamientos, linchamientos) de los activistas antibélicos y de las publicacio-

2 Max Eastman, **The Enjoyment of Living** [New York, Harper, 1948] y **Love and Revolution** [New York, Random House, 1964]. Todas las citas de este artículo son de **Love and Revolution**, y van a ser identificadas en el texto como LR con el número de página. Me concentré especialmente en el desarrollo político de Eastman, descuidando otros aspectos interesantes como su literatura no política y sus esfuerzos intelectuales. Una biografía sobre los hechos protagonizados por Eastman es la de William L. O’Neill, **The last romantic: a life of Max Eastman** [New York, Oxford University Press, 1978].

3 Kenneth Rexroth, **An Autobiographical Novel** [Garden City, New York. Doubleday, 1966] Existe una versión aumentada de 1991 [New York, New Directions].

4 Dwight MacDonald, **The Root Is Man** [Indore, India, Modern Publishers, c. 1948].

nes; una ola de histeria “*anti-Hun*”⁵ desatada contra Alemania y los estadounidenses de origen alemán; y después de la guerra, la *Red Scare* y los *Palmer Raids*,⁶ por la cual centenares de inmigrantes radicals del este y sur de Europa fueron deportados, y otros cientos de militantes con distintas ideologías encarcelados. Haywood, Reed, Daniel de Leon (el único estadounidense marxista que influenció a Lenin) y Mother Jones no hubieran necesitado que la Tercera Internacional les ordenara hacer una revolución en los Estados Unidos; pero desde principios de la década de 1920 hasta no hace mucho, se convirtió en moneda corriente para la mayoría de la “izquierda dura” que la Revolución Rusa y la temprana Tercera Internacional les habían provisto a los *radicals* estadounidenses herramientas indispensables —sobre todo un entendimiento de la vanguardia del partido— que previamente no poseían.

Max Eastman, editor

Como vivimos actualmente entre los escombros de aquella visión de la historia, volveremos a principios del siglo XX para reexaminar los “ganadores y perdedores” de aquella transición, y para poder ver mejor nuestro camino hacia el futuro, que no traza una incuestionable “línea de continuidad” entre Lenin y Trotsky, y donde rápidamente aparece la figura de Max Eastman. Eastman (1883-1969) formaba parte de los más brillantes *radicals* de *Greenwich Village* en las décadas de 1910 y 1920, aunque en la actualidad quedó muy olvidado, en parte porque, como se indicó anteriormente, devino luego en una suerte de siervo de la derecha y eventualmente escribió para *Reader’s Digest*. Nacido en una familia de clase media en una zona al norte de Nueva York, hijo de dos ministros de la Iglesia Congregacional, Eastman (a diferencia de Rexroth) tuvo que desarrollarse en el *radicalism*. Difícilmente lo habría logrado cuando estudiaba en Williams College, en Berkshires, a principios de 1900; pero luego de instalarse en la ciudad de Nueva York en 1907 (donde fue contratado como profesor asistente del filósofo John Dewey en Columbia), inició su militancia en el movimiento por el sufragio de la mujer. Mientras que Dewey imbuyó a Eastman a lo largo de esos años con la filosofía pragmática estadounidense, que luego (como tantos otros)⁷ terminaría utilizando contra el marxismo; su relación con el movimiento sufragista lo llevó rápidamente a ponerse en contacto con el labor radicalism del *Greenwich Village*, y en 1916 fue elegido editor de la revista indiscutiblemente más importante en la historia radical estadounidense: **The Masses**.

Por su particular rol en la historia, es importante centrar por un momento nuestra atención en **The Masses**. Hasta que fue ce-

rrada por el Director General de Correos por sedición en 1917, era una confluencia de cultura y radicalismo social que desde entonces fue desapareciendo hasta que en los años ‘60 reapareció en un contexto totalmente diferente. Expresó un momento en cual el salón de la Quinta Avenida, animado por la anfitriona cultural Mabel Dodge Luhan (quien luego sería la amante de D.H. Lawrence en su periodo Taos) pudo reunir a los que frecuentaban el *Armory Show* de 1913 (que introdujo el modernismo vanguardista en los Estados Unidos), con los *wobblies*⁸ de la huelga de Paterson; culminando en la *Paterson Pageant* anteriormente mencionada, en la cual obreros *radicals* y artistas colaboraron en una inmensamente exitosa colecta de fondos para el paro en el *Madison Square Garden*. Si uno mira atrás podría sonreír con esta anticipación del *radical chic* de la década de 1960, excepto que en 1913, tanto la vanguardia cultural como el IWW realmente sentían emerger un nuevo mundo en sus respectivos campos, y para ellos era el mismo mundo.

Pocos, si alguno, de los artistas fuertemente relacionados con **The Masses** (como Floyd Dell o Joseph Freeman o Art Young) son recordados hoy por sí mismos, es decir, más allá de su relación con la notable revista; y John Reed, su más famoso colaborador, es recordado por sus escritos políticos. Pero ninguna publicación sucesora, ni siquiera **The Liberator** de Eastman (1918-1926), ni la **Partisan Review** inspirada en el trotskismo de 1930, ni **Politics** de Dwight MacDonald hacia finales de la década de 1940, ni **Radical America** en la décadas de 1960 y 1970 (sin mencionar la **The New Masses** de la década de 1930, dominada por los estalinistas), alguna vez lograron acercarse al *radicalism* cultural y obrero a esa dimensión, y con un público tan extenso. Las explicaciones históricas de esta separación de la cultura y la política *radical* son muchas y complejas, y distan de los objetivos de este artículo. Pero aunque es cierto que no es una especificidad de los Estados Unidos (lo mismo ocurrió en el resto del mundo capitalista); esta confluencia fue uno más de los experimentos que fue borrado después de la Primera Guerra Mundial. Inmerso en ese remolino estaba Max Eastman.

The Masses tuvo una muerte honorable, el último número fue el de noviembre-diciembre de 1917, entonces Eastman escribió:

“Sus últimas palabras —impresas en la contratapa del último número con un cuerpo grande— de alguna manera permanecieron como una verdadera profecía alguna vez escrita: ‘John Reed está en Petrogrado (...). Su historia sobre la primera revolución proletaria será un suceso en la literatura mundial (...).’”

Eastman realmente alcanzó lo más alto de su fama e influencia como testigo estrella en los dos juicios por sedición en contra de **The Masses**, luego de que los Estados Unidos entraran en la Primera Guerra Mundial y, finalmente, cuando fue prohibida la distribución de ese tipo de publicaciones bajo la figura de “actos de sedición”. Ambos juicios, como resultado de la actuación brillante de Eastman, terminaron sin resolución. Luego viajó por el país como una figura clave en manifestaciones en contra de

5 [“Anti-Hunos”, término usado en la propaganda bélica estadounidense contra el avance de los alemanes]

6 [Espionaje, allanamientos y secuestros a militantes de izquierda y *radicals*, por parte de la Justicia estadounidense (“United States Attorney General” en ese entonces presidida por Alexander Mitchell Palmer, de ahí el nombre del término) y el Departamento de Inmigraciones de ese país]

7 Richard Pells, **Radical Visions and American Dreams. Culture and Social Thought in the Depression Years**, [New York, Harper & Row, 1973].

8 [Así se denominaba a los líderes de la IWW]



la guerra (una multitud casi lo lincha en Fargo, Dakota del Norte), y fue procesado junto con otros importantes militantes de la causa por obstruir el reclutamiento. Después de los juicios, Eastman fue el editor de una revista dedicada estrictamente a la política, de éxito breve: **The Liberator**, que tuvo en su momento de auge 60.000 suscriptores y publicó los primeros capítulos de **Diez días que conmovieron al mundo**. Fue durante este tiempo cuando Eastman se animó por primera vez a leer un panfleto de Lenin. Pero las semillas de su pragmatismo crítico y su rechazo al marxismo eran ya evidentes en sus palabras: “En el programa de Lenin a los Soviets, sentí la presencia viviente de esa mente práctica y libre, ingeniera de la revolución, aquella por la que he estado esperando”. (LR: 127) Aun en la década de 1950, cuando formaba parte de la derecha de la Guerra Fría, no tenía “ninguna paciencia con aquellos que igualaban a Stalin con Lenin” (LR: 127-128).

Después de dimitir de **The Masses**, Eastman se dedicó, desde 1918 a 1921, a editar **The Liberator**, que se convirtió en la revista *radical* estadounidense que registró los “años rojos”⁹ de posguerra. **The Liberator** no sólo publicó a John Reed, sino también a Lenin, Haywood, Alexander Berkman y a Bela Kun.¹⁰ Este fue, como Eastman escribiría después: “Un período de esperanza rebelde y de incremento revolucionario alrededor del mundo”¹¹ (LR: 190), y él nunca fue tan influyente antes o después de ese momento. **The Liberator** intentó también expresar la ola de libertad cultural y creatividad de la Rusia de la década de 1920. Eastman cita a Daniel Aaron:

Lo que distinguía a hombres como Lenin, Trotsky y Lunacharsky de Stalin y sus pretorianos intelectuales, era su creencia de que el gobierno revolucionario no debía tratar a los grupos artísticos como activistas contrarrevolucionarios (LR: 239)

En 1920, de todas formas, Eastman ya se hacía eco de las reservas que ciertas figuras como Rexroth formulaban acerca de la importancia que el modelo del partido de vanguardia podía tener para los Estados Unidos:

Los partidos comunistas han puesto el énfasis en la idea de la disciplina partidaria a un grado tal que parecería razonable para cualquier persona sólo en la víspera de una

9 Mucho podría decirse, y se dijo, sobre la brecha entre los *radicals* nacidos en los Estados Unidos de **The Masses** y **The Liberator**, y los grupos de inmigrantes del este y sur europeo, quienes eran mayoría en los movimientos de trabajadores *radicals* en los Estados Unidos por aquel entonces.

10 Aunque menos recordado que **The Masses**, y no precisamente por acercar la cultura y la política *radicalisms*, los aportes culturales incluyeron nombres como: Edna St. Vincent Millay, William Carlos Williams, E.E. Cummings, John Dos Passos, Ernest Hemingway, Louise Bryant, Edmund Wilson, Sherwood Anderson, Vachel Lindsay, Amy Lowell y Pablo Picasso.

11 Es importante recordar, especialmente para entender la dinámica de la raza y la clase social en los Estados Unidos, que en 1919 también se sucedieron las peores revueltas de la historia estadounidense. Setenta y dos negros y seis blancos fueron linchados ese año, al menos algunos de los blancos por defender a los negros de los grupos violentos (p. 169). Eastman fue también único, entre la potente política antidiscriminatoria de los *radicals* de 1920, por su apoyo a que los negros utilizaran armas para defensa personal.

batalla (...) Han construido una elaborada organización conspiratoria, excelentemente adaptada para promover empresas de traición y sedición, aunque no tengan esas empresas definidas (...) (LR: 257).

Esta crítica hubiese encontrado un aliado en John Reed, quien había muerto en Moscú ese mismo año, y cuya actitud frente al Comintern en el momento de su muerte provoca muchas conjeturas. Reed “no ocultaba en secreto su desprecio y odio hacia Zinoviev y Radek, cuya autoridad en el Comintern era preeminente en ese momento”¹², y ofreció, para luego retractarse, su dimisión del Comité Ejecutivo. Pero esto nunca lo sabremos.

En 1921 Eastman fue expulsado como editor de **The Liberator**, como consecuencia de una rebelión encabezada por Mike Gold, un escritor proletario del *Lower East Side* que se convirtió en el líder del servilismo literario estalinista estadounidense en la década de 1930, después de que en 1926 (en un clásico del estilo del PC) de manera oportunista renombrara a la publicación como **The New Masses** (aunque nadie con discernimiento haya confundido alguna vez este nombre con la otra revista).

Desde este momento en adelante, la estrella de Eastman comienza a desvanecerse, y su fama se convierte en oprobio, para luego quedar, y para siempre, por fuera de una izquierda estadounidense cada vez más estalinista. Pero resulta impresionante que mientras su vida y sus aportes ya habían tenido su momento, fue exactamente en el período de su eclipsamiento posterior a 1921, cuando Eastman se volvió una figura única entre la primera generación de *radicals*, para quienes la revolución rusa y su alcance internacional fue determinante en el curso de sus vidas.

El viaje a la URSS

Esta trayectoria única puede ser descrita sucintamente: Eastman fue a la Unión Soviética en 1922 y permaneció allí durante dos años, adquirió un buen manejo del ruso (tanto que escribió poesía en dicho idioma y los rusos la admiraron) y conoció en la intimidad a muchas figuras de la cúpula bolchevique antes del triunfo del estalinismo en 1925-1927. Esta fase fue seguida por tres años en Francia, momento en el que (casi inadvertidamente) se convirtió en el más importante defensor de Trotsky. Esta experiencia, y el conocimiento que le trajo aparejado, fue un período decisivo en la vida de Eastman, y lo convirtió, hasta su muerte en 1969, en un crítico muy pertinente de la era soviética más que cualquier otro *cold warrior*. Cuando los líderes bolcheviques fueron obligados a desfilar ante el mundo, para luego ser ejecutados en los juicios de Moscú de 1937-1938 —bajo el caluroso aplauso de la mayoría de las izquierdas de Occidente, desde la revista **The Nation** en los Estados Unidos hasta la ilustrada Liga por los Derechos del Hombre en Francia—; Eastman vio caer asesinados no solo a sus ex colaboradores políticos, sino a muchos amigos personales. Solamente un pequeño puñado de izquierdistas occidentales (Alfred Rosmer y Boris Souvarine en

12 Cita de Theodore Draper's, **Roots of American Communism** [New York, Viking Press, 1957] en Eastman, LR: 259.

Francia, y el belga Victor Serge, que recuerde en este momento) poseían algo remotamente parecido al acercamiento de “primera mano” que tenía Eastman de la Revolución Rusa y sus revolucionarios, antes de la consolidación estaliniana.

Eastman se reunió por primera vez con los bolcheviques en la Conferencia de Génova en 1922, donde observó a figuras como Rakovsky, Chicherin y Joffe, inmensamente intelectuales y culturalmente muy superiores a las grises eminencias de las democracias occidentales, guiadas por Lloyd George, quienes los presionaban a reconocer las deudas contraídas por el zar (los banqueros occidentales seguían importunando a Rusia con esas deudas 60 años después); y luego, cuando terminaba la conferencia, vio a los rusos entusiasmados formando parte del tumulto de la clase trabajadora genovesa, mientras que los políticos burgueses posaban para la foto.

El testimonio de Eastman, tanto en 1922 como en el resto de su vida, no es valioso porque ofrezca un análisis original del curso de la revolución. Sus tardíos intentos de teorizar sobre “cuál fue el error”, encabezando un repudio al marxismo y abrazando el anticomunismo, no tienen nada original *per se*, y fueron una vieja defensa del pragmatismo estadounidense contra “la metafísica alemana”. Eastman confesó que durante la rebelión de Kronstadt en marzo de 1921, él estaba en Hollywood, de licencia de **The Liberator**, intentando recuperar, para luego fracasar, una relación amorosa con una bella actriz. Kronstadt, más allá de lo que uno piense (y el debate continúa hasta nuestros días), demostró en verdad “el hecho crucial de que el ‘Gobierno Soviético’ no era un gobierno de soviets, pero sí un gobierno del Partido Comunista” (LR: 226) y el mismo Lenin, luego de dirigir el aplastamiento de la revuelta, supo que esto había “iluminado el horizonte como ninguna otra cosa” y había optado por descomprimir con la Nueva Política Económica.

Eastman no ofrece ninguna teoría sobre el “estado capitalista” o sobre el “estado degenerado de los trabajadores” o sobre “la burocratización colectiva” que rivalice con las diez o quince teorías sobre el mismo tema surgidas de los debates marxistas en las décadas subsiguientes. Lo que él tiene para ofrecer, otra vez, son las destrezas propias de un escritor en los detalles y en la caracterización de personajes, sobre todo en relación a la figura de León Trotsky, a quien llegó a conocer muy bien. La teoría marxista (junto con sus autores) nunca ha puesto demasiada confianza en la importancia histórica de los personajes. Pero Eastman, al no tener ninguna teoría original de su propia autoría, proporciona gran cantidad de material para cualquier teoría que busque localizar la derrota en la década de 1920.

Su primer atisbo del problema apareció en la inauguración del Cuarto Congreso del Comintern, en 1922, cuando encontró la Plaza Roja y las inmediaciones de la ciudad —como una escena de la Nueva York de Giuliani— bloqueadas para la gente común por “guardias montados a caballo y armados hasta los dientes con fusiles de guerra”. Pero esos pensamientos momentáneos (haciéndose eco de las observaciones hechas en los primeros años de la década de 1920 por Alexander Berkman) se desvanecieron a causa de la reunión de Eastman con la cúpula bolchevique. Karl Radek le dio un caluroso abrazo cuando dio el discurs-

so, en su recién adquirido idioma ruso, para el Congreso. Él vio a Dzhzhzhinsky como “el alto señor ejecutor de la revolución”, pero cuarenta años después, ya siendo un *cold warrior*, Eastman pudo escribir que la:

(...) noción de que Dzhzhzhinsky estaba ‘sediento de sangre’ es, de alguna manera, totalmente errónea. Él fue elegido para encabezar la Cheka por la razón contraria. Había sido un poeta en su juventud, y su desdén por los subordinados era notable (...) una historia de vida diferente (quizás) lo hubiese dirigido al martirio en vez de al asesinato” (LR: 331).

Sobre Bujarin, Eastman escribió después: “era pequeño, joven y discreto en su aspecto quien cargaba con un enorme taladro marxista... pueden adivinar que él era muy talentoso en una forma amable y seductora. Pero esto no lo preparaba a uno para el torrente brillante de argumentos inteligentes que emanaba al subirse a un estrado (...) Lenin lo llamó el “escolástico”... Una forma más sencilla de poner en claro su figura podría ser la siguiente descripción: su cabeza perspicaz estaba repleta de una variada cantidad de ideas de todo tipo, aprendidas de memoria y nunca asimiladas críticamente... No era el teorizador, sino el santo, el que todos amaban, el “favorito del partido”, como Lenin lo llamó” (LR: 354).

Sobre Kamenev refirió la impresión de “una mirada amable, con una barba suave, caballerosamente humanitario”, que en los Estados Unidos “se hubiese convertido en el director de un hogar de desamparados” y “tan poco preparado para dirigir una revolución como yo”. Zinoviev, quien como Kamenev había brillado en la noche de la revolución de octubre, y cuya estridente demagogia había inspirado la repulsión de John Reed, tenía una “penosa languidez” y “su apretón de manos se asemejaba a recibir una banana aplastada” (Ibid.). Stalin (de quien Eastman, como la mayoría de los comunistas del Oeste, no habían escuchado hablar hasta 1924) podría haber estado presente, pero él:

No sabía ningún otro idioma aparte del ruso, y sufría de un complejo de inferioridad entre sus colegas muy bien educados. Ellos, por otra parte y por la misma razón, no tenían idea de su agudeza extraordinaria y su fuerte personalidad (Ibid.).

Lenin, a diferencia de los anteriores, era todo lo que Eastman había esperado. Estuvo presente en el último discurso que dirigió Lenin al Comintern y lo describió como:

(...) el hombre más poderoso que alguna vez vi sobre una tribuna (...) una montaña de granito de sinceridad (...) era como si por fin se encontrara un intelectual humilde, quizás el único en la historia (...).

No es necesario compartir los raptos de inspiración a lo Píndaro que por aquel entonces capturaban a Eastman para reconocer la impresión recurrente que la figura de Lenin provocaba, por parte de aquellos que lo vieron hablar, como alguien totalmente carente de demagogia. En Lenin:



Cada coma, cada punto y coma, parecían haber sido elegidos con una única visión: la de acelerar la revolución y el estado. Mientras estuve en Rusia pasé larguísimas horas leyendo a Lenin, rastreando una especie de arrebatado que solo denominé ‘poético’ desde la pura y casi extasiada practicidad —esto es, la total ausencia de derivaciones poéticas— en cada palabra y oración que él escribió. Tenía imaginación, tenía figuras retóricas, pero las usaba con el siempre presente y único fin de iluminar el camino al socialismo —nunca el de entretenerse.

Creo que en esta cualidad estriba mucho de su poder, a veces descrito como hipnótico, para dominar el corazón y la mente, para obligar a hombres poderosos a aceptar su liderazgo” (LR: 334-335).

Desafortunadamente para Eastman, la pérdida de salud de Lenin (sufrió un infarto cerebral) lo volvió inaccesible, y no tuvo otra oportunidad de verlo en acción. Eastman asistió al XII Congreso del PCUS en 1923 (el primero en el cual Lenin estuvo ausente, y el último que quedaría fuera del dominio de Stalin). Estaba totalmente cautivado:

La constelación completa de los ‘grandes Bolcheviques’ se sentaron alrededor de él [sic] (...) Bujarin, Radek, Litvinov, Krylenko, Chicherin, Piatakov, Rakovsky, Zinoviev, Kamenev, Krassin, Dzherzhinsky, Antonov-Avsenko, Rykov, Stalin, Preobrazhensky (...) Todavía había una esperanza de que Lenin estuviese de vuelta, y Stalin aún no había revelado su jugada. Se veían, para mis admirados ojos, como una familia bondadosa.

Pero no todo estaba bien detrás de esa apariencia de unión y conformidad: “Yo estaba desprevenido —escribe— de la lucha bestial por el poder que se desarrollaba detrás de la escena de la discusión intelectual. Estaba desprevenido de la existencia de Stalin” (LR: 356). En menos de un año desde aquella fecha, Lenin estaría muerto y la “densa nube de emoción optimista” de Eastman comenzaría a desaparecer.

En el IV Congreso de la Internacional Comunista, Eastman había conocido a Trotsky, “seguramente el hombre más pulcro que alguna vez condujo una insurrección”. Su retrato de Trotsky, basado en años de colaboración, lo vuelve más atractivo por discordante con algunas ideas comúnmente aceptadas sobre la valentía de aquel. La situación se vuelve más clara una vez que Lenin muere. Trotsky ya había acordado en 1922 permitirle a Eastman escribir su biografía, y para tal fin le había presentado gente relevante y le había concedido entrevistas cuando el tiempo lo permitía.

Por su parte Eastman, interesadamente, negó que existiera una puja por el poder entre Trotsky y Stalin después de la muerte de Lenin:

La verdad es que Trotsky se había salido de la pugna mucho antes. Cuando Lenin enfermó por primera vez, sugirió que Trotsky tomara su lugar como vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, un movimiento que hubiese hecho público para el mundo su elección de un sucesor.

Trotsky le confesó a Eastman que había declinado la oferta porque su figura ya estaba en jaque mate dentro de la puja de poder en el partido. Pero Eastman creyó que esto era secundario, y sentía que Trotsky:

Podía comandar a los hombres, podía inspirarlos a la acción con su gran oratoria; podía explicarles las bases y los principios de su acción; pero no podía dirigirlos. No podía *liderarlos*. El liderazgo requiere tacto y destreza personal, tanto como comprensión y magnetismo. Demanda cierta habilidad, de la cual Trotsky carece por completo” (LR: 409).

Estas carencias “tenían un poco que ver con las fiebres —y más aún con los desmayos misteriosos— a los que estaba sujeto”. Eastman, quien tenía una larga (y continua) historia de problemas psicossomáticos, repasa los momentos de las enfermedades de Trotsky —como su fatal error de no regresar a Moscú para el funeral de Lenin, donde, según las estimaciones de Eastman, pudo haber pronunciado un discurso histórico. Estos achaques eran:

Más físicos que somáticos. Nunca se sintió mal cuando tenía que comandar un ejército u organizar una insurrección. Más bien era esa furtiva y estafadora, intrigante, vertiginosa y espantosa importancia de los asuntos de la política detrás de la escena intrapartidaria lo que lo enfermaba. Él repelía y se retraía de la misma. Sabía además —no podía no saberlo— que estaba muy mal preparado para sobrellevarla (LR: 409).

Eastman declara haber reconocido esto en el momento de la muerte de Lenin, pero:

No tenía noción entonces, de todas maneras, del hecho de que Stalin, como Secretario General del partido, ya había tomado las principales riendas del poder en sus manos. No sabía quién era Stalin. Con todas mis lecturas y estudios nunca había visto su nombre impreso, rara vez lo había escuchado pronunciar” (LR: 410).

Esta dinámica lo llevó a la historia del “testamento” de Lenin, o última carta al partido, sobre el cual Eastman, valiéndose casi por sí mismo, centró la atención del mundo, y así dañó, irreparablemente, su propio vínculo con la izquierda estadounidense e internacional. Escrita en diciembre de 1922, Lenin había llamado a la remoción de Stalin como Secretario General.¹³ La mujer de Lenin, Krupskaya, de todas maneras, retuvo la carta con la esperanza de que Lenin se recuperara y pusiera en práctica él mismo lo que había escrito.

El retraso solo le dio a Stalin otro año en el cual perfeccionó su control del aparato del partido, apostando hombres de su bando en posiciones clave a lo largo del

13 [Cartas al XIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (22 de diciembre de 1922-4 de enero de 1923)]

país (...) es en este punto donde se vuelve importante la diferencia entre los bolcheviques idealistas y los violentos que ‘cazaban’ el puesto, frecuentemente criminales y posibles sicóticos, quienes impacientemente se impusieron en sus lugares. El cultivo de Stalin de estos *gangsters* era absolutamente alarmante para sus colegas más inteligentes, a quienes aun así su filosofía les impedía finalmente juzgar cualquier cambio político en términos morales o psicológicos. (LR: 411).

La “última lucha” de Lenin, de todas maneras atrasada, inadecuada y comprometida por el debilitamiento de su salud, fue en contra de la burocratización del partido y del estado. El Comité Central hizo circular una resolución acordando que “la burocratización del partido amenazaba con separarlo de las masas” y convertirlo en “un cuerpo de oficiales autodesignados”.¹⁴

En este caso también Trotsky se enfermó, y en vez de asistir a la conferencia se propuso implementar una resolución, envió el texto de **El Nuevo Curso** como una carta al partido, argumentando a favor del retorno de una democracia de los trabajadores.¹⁵ Brillantemente Stalin usó la ausencia de Trotsky y la carta, cuyo contenido violaba el pacto secreto de una agenda de congreso lícita, para mover las fichas y acusar a Trotsky y sus seguidores de fundar una facción (las facciones habían sido prohibidas en 1921) e “intentar engañar al partido”.

Como escribió Eastman cuarenta años después:

Empezó a develarse (...) qué clase de guerra descarnada había estado librándose entre los idealistas¹⁶ y los facciosos del partido. Los idealistas, con su inepto, poco preparado e indefinidamente enfermo líder, ya estaban derrotados —eso era obvio— (...) La falta de honestidad en los ataques era tan flagrante (...) que Trotsky fue instado, por algunos de los mejores viejos bolcheviques, a enviar un destacamento de soldados al Kremlin, arrestar a sus oponentes, y restaurar la vía electiva en el partido bajo la fuerza de las armas (...) Pero Trotsky se rehusó a usar tanto su poder como su elocuencia. No pronunció respuesta ante las diatribas en su contra de la prensa. No hizo apariciones públicas, ni discursos, no hizo absolutamente nada en contra del torrente de difamación que fue vertido sobre él” (LR, p. 415).

Este saber, alcanzable en 1924 para un pequeño puñado de comunistas que estaban fuera de Rusia, llevó a Eastman, quiérase o no, y a pesar de sus dudas sobre Trotsky como líder, a volverse

“más conocido por ser un trotskista que por cualquier otra cosa por la que alguna vez se me conociese”.

En el XIII Congreso del PCUS —realmente no más ‘un congreso’ sino el primero de una serie de “desfiles burocráticos”, como dijo Trotsky— Eastman lo observó desperdiciar otra chance cuando asistió, bajo la disciplina partidaria, con la decisión de la cúpula de no divulgar en público el testamento de Lenin. Trotsky:

Guió su conducta, como siempre, por un plan conscientemente mentado en el deber de la revolución. Y como siempre, en materia de sutileza en el manejo de los hombres, su plan estaba equivocado (...) (LR: 422).

Trotsky se doblegó ante la disciplina del partido, sosteniendo que no debía “tomar la ofensiva”:

Cualquier hombre con un coeficiente intelectual de un niño de doce años sabía que una facción se había formado en su contra, con un programa explícito para aislarlo, destruir su prestigio, suprimir sus libros, silenciar su oratoria, vituperar su nombre, y anticiparse a su posible herencia de autoridad por parte de Lenin (...) pero cualquier tipo de acción humana libre y valerosa sería observada como pecaminosa, cismática, antibolchevique, ‘en contra de la disciplina partidaria’ (...) Intentaba mantener una actitud conciliatoria —algo para lo que no estaba dotado en absoluto” (LR: 423-424).

Fue en este discurso que Trotsky manifestó su fórmula del patriotismo partidario: “Los ingleses tienen un dicho: ‘En lo cierto o equivocado, es mi país’. Con mayores justificaciones históricas podemos decir: en lo cierto o equivocado, con respecto a algunos problemas particulares y concretos, es mi partido” (LR: 424).

Eastman le rogó a Trotsky que usara su “última oportunidad” de revelar el testamento. Pero al final su:

(...) liderazgo intermitente y medio enfermo (...) estaba desanimando a la Oposición. Las mejores mentes sabían que sus políticas eran correctas, pero sabían también que él no podía cooperar con el aparato partidario. No podía gobernar el país (...) Y ese discurso fue solo el primero de una serie de maniobras personales que fueron torpes, ineptas, toscas y calamitosas mientras que sus juicios y caracterizaciones políticas eran acertados y visionarios (LR: 426)

Y además:

El epíteto favorito de Trotsky para Stalin era ‘mediocre’, y ciertamente Stalin no se distinguía por ninguna gracia o lucidez de pensamiento, discurso, presencia o trato. Pero si Trotsky se hubiera dignado a escuchar el hábilmente disciplinado, mortífero como el suministro de la inyección letal, extremadamente urdido y extemporáneo discurso con el cual Stalin acabó con él, quizás no se hubiese tomado tan a la ligera la mediocridad. El discurso fue un despliegue maestro no solo de fuerza cruel y de olímpica deshonra, sino en la manipulación *ex parte* de

14 [Resolución del Comité Central del 5 de diciembre de 1923]

15 [Goldner se refiere a la XIII Conferencia del PCUS inaugurada el 16 de enero de 1924. En efecto, Trotsky no pudo asistir por problemas de salud que lo obligaron a trasladarse al Cáucaso. Antes de partir, sin embargo, reunió una serie de artículos publicados desde diciembre de 1923 en *Pravda*, agregó algunos nuevos, y publicó un opúsculo bajo el nombre **El nuevo curso**. Traducción al español por Cuadernos de Pasado y Presente, n° 27, Buenos Aires, 1971]

16 Eastman usa este término inadecuado para describir a los viejos bolcheviques quienes en su visión adhirieron a los ideales originales de la revolución.



hechos e ideas. Stalin era un genio —un genio de ‘paciencia, persistencia, crueldad y fraude’ (LR: 426-427).

La sugerencia de Eastman de que la lucha entre Trotsky y Stalin estaba terminada para cuando Lenin murió está claramente bien argumentada; pero es menos convincente al asegurar que no había, contrariamente a lo que el mundo creía entonces y creará en adelante, un disenso real entre ellos con respecto a las políticas. Él creía que acordaban fundamentalmente en “*construir todo el socialismo que se pueda en Rusia mientras se promovía extender todo lo posible la revolución mundial*” (LR: 429). Este no es el lugar para desplegar ese asunto espinoso (y en mi opinión no hay una resolución que no sea ambigua). Pero en este punto Eastman muestra claramente, como él mismo dice, que se hizo conocido como trotskista prácticamente por el hecho de pasar algunos años en la Rusia soviética, y por su honestidad e integridad personal, y no por un compromiso político profundo.

El libro de Eastman no habla ni del fracaso final de la revolución alemana en 1923 ni de la creciente crisis de la Nueva Política Económica, la cual, no obstante gran parte del juego estaba perdido y aunque de cualquier forma fuera una acción de retaguardia, confrontó a Stalin y a la oposición de izquierda hasta 1927. Tampoco menciona las batallas ocasionadas por la huelga general inglesa de 1927 o la política china de 1924 a 1927. Para Eastman, el asunto real era “el programa antiburocrático llamado Democracia de los Trabajadores, como oposición a la regimentación estaliniana del partido. *Ningún otro asunto fue planteado hasta después de que la lucha terminara y Trotsky fuera derrotado*” (LR, p. 429). Este, también, es un reclamo ambiguo para el hombre que en 1920 había abogado por la militarización del trabajo, el que supervisó la represión de Kronstadt, el que (como el propio Eastman citó) articuló la doctrina del “patriotismo partidario” (que todavía hoy aflige a muchos de sus seguidores con una noción de disciplina que ciertamente no concuerda con la historia bolchevique previa a 1921), y a quien el testamento de Lenin, mientras que lo nombraba como el hombre más capaz en el partido, también lo caracterizaba como “poseedor de un excesivo enfoque administrativo” de las cuestiones políticas (otro legado que los remanentes contemporáneos del trotskismo, con su fe excesiva en “la construcción del partido”, nunca enfrentaron).

Como he tratado de enfatizar a lo largo del texto, el poder de las memorias de Eastman sobre la Revolución Rusa y el interés que pueden tener aún hoy no se debe a una sagacidad política excepcional, sino a las semblanzas de los revolucionarios, y sobre todo la de Trotsky, la cual (en mi opinión) supera cualquier escrito que conozca en la materia, ya sea la de Serge, o la de C.L.R. James, sin mencionar a sus problemáticos biógrafos Deutscher y Broué. En su conjunto, el retrato que hizo Eastman de Trotsky da claves importantes, que no pueden encontrarse en ningún otro lado, sobre la triste historia del trotskismo, antes y después de la derrota de su líder, sin mencionar lo que sobrevino a su muerte.¹⁷

17 De la misma manera Eastman saca a colación asuntos importantes sobre Lenin que se argumentaron mejor en otros textos, sobre la forma en que “el gobierno de los soviets se convirtió en el gobierno del Partido Comunista”, pero a efectos de mantener los límites del artículo y enfatizar las particularidades de Eastman,

En mi argumentación acerca de la importancia de las memorias de Eastman sobre Trotsky, creo que no se le ha prestado mucha atención a este “excesivo enfoque administrativo” y su influencia en el tipo de formalismo organizacional (“construcción del partido”) que impregna al movimiento trotskista hasta el día de hoy.

También Lenin cayó bajo algunos de los duros puñetazos de Eastman. Mientras Lenin rechazó como “ultraizquierdistas infantiles” a los que pensaron que era posible construir la dictadura del proletariado sin un partido disciplinado, centralizado:

Él nunca planificó o propuso ningún medio por el cual el poder pudiera ser transferido del partido a los soviets —ni hablar de su transferencia a todo el proletariado. Él observó sin protestar la transformación del congreso soviético en una mera fachada o instrumento pasivo de su partido. Él consintió el reemplazo gradual del una vez célebre Consejo de los Comisarios del Pueblo por el Politburó de esta organización doctrinal. Alarmado por la rebelión de Kronstadt, suprimió la oposición y ajustó el control oficial sobre un pequeño grupo de funcionarios dentro de la organización. Esta es la tragedia básica de la vida y la obra de Lenin, la semilla y la fuente de nuestro monstruo moderno, el estado totalitario (LR: 429-430)

La biografía de Trotsky

Eastman abandonó Rusia en 1924 en un auto diplomático, con una caja de documentos explosivos sobre la situación rusa. Se instaló en el sur de Francia a trabajar en el desarrollo de su crítica de Marx y Lenin, basada en su estudio de dos años de textos escritos en ruso sobre la historia del movimiento revolucionario y en su particular e incomparable experiencia.¹⁸ Pero [Alfred] Rosmer y [Boris] Souvarine lo convencieron para que dejara ese trabajo de lado y escribiera su libro breve **Since Lenin Died**,¹⁹ haciendo conocer al mundo toda la verdad facciosa de los cruciales años previos. El libro hablaba sobre toda la verdad del testamento de Lenin, su plan de remover a Stalin del poder, y de lo que pasó luego de su muerte. Unos meses después, la prensa comunista mundial publicó el repudio de Trotsky al libro y la historia del testamento de Lenin como un fraude, escrito otra vez bajo la presión de la facción estalinista y aceptada por el mismo “patriotismo partidario” mencionado anteriormente. (Trotsky, una vez en el exilio, se disculpó profusamente con Eastman por este suceso).

solamente voy a nombrar al pasar estas observaciones. Cfr. Bourrinet, **La gauche communiste italienne [histoire du courant bordiguiste, Italie-France-Belgique, 1926-1950]**, Paris, 1993, mémoire de maîtrise. Traducción al español **La izquierda comunista de Italia (1919-1999): historia de la corriente bordiguista**, s/l, s/e, 1999] y **The Dutch and German Communist Left [A Contribution to the History of the Revolutionary Movement, 1900-1950]**, London: Porcupine Press, 2001].

18 [Publicado como **Marx, Lenin and the science of revolution**, London, G. Allen & Unwin, 1926. Traducción al español **La ciencia de la revolución (Marx-Lenin)**, Barcelona, Minerva, 193?]

19 [London, Labour Pub. Co., 1925]

Como Eastman lo describió: “fue un día de campo para los entrenados francotiradores estalinistas de todos los países. No existe casi una lengua civilizada en la faz de la tierra en la cual los militantes no aprendieran a pronunciar, y execrar, mi nombre.” (LR: 448)

En octubre de 1926, Eastman tradujo el testamento y lo vendió al **New York Times**, que “le dio el titular de tapa y la segunda página entera del diario” (LR: 453). Esto se planeó para que coincidiera con la última resistencia de la Oposición de Izquierda en Rusia, cuando las figuras principales de la misma fueron directamente a las fábricas para hacer público el testamento e intentar descubrir a Stalin.

Al año siguiente, Adolfo Joffe se suicidó para protestar por la expulsión de Trotsky del partido y (como lo expresó Eastman) “la inutilidad de su vida bajo Stalin”. La carta sobre el famoso suicidio de Joffe completa el retrato de Trotsky por Eastman, como lo presenta aquí:

Nunca he dudado de la corrección del curso que usted ha indicado, y usted sabe que durante más de veinte años, desde “la revolución permanente”, he marchado a su lado. Pero pienso que usted careció de la inflexibilidad y la intransigencia de Lenin, de su resolución para permanecer, si era necesario, solo en el curso que había reconocido como seguro en vista de un futuro de mayorías... *Políticamente* usted siempre ha tenido la razón, comenzando con 1905, y a menudo le he dicho que con mis propios oídos le escuché a Lenin reconocer que en 1905 *no era él sino usted quien tenía la razón*. Pero usted frecuentemente ha renunciado a su verdad por los beneficios de un acuerdo, un compromiso, cuyo valor usted sobrestima (LR: 484-485).

Cuando finalmente Eastman retornó a los Estados Unidos en 1927, después de cinco años en el exterior, estaba en camino de convertirse en un don nadie de la izquierda. La gran ola de *estalinofilia* que corría por la izquierda y la intelectualidad estadounidense perduró por varios años, pero nadie sabía qué hacer con Eastman, que estaba adelantado en años luz en la interpretación de la situación rusa.²⁰ Eastman se dedicó personalmente a la traducción de los tres volúmenes de la **Historia de la Revolución Rusa** de Trotsky, y obtuvo un producto de tanta calidad, que Trotsky dijo que era mejor que el original, y siempre se la recomendaba a los traductores de otras lenguas.

20 Desde 1928 a 1931 participó en la producción de un documental extraordinario sobre la Revolución Rusa titulado “Del Tsar a Lenin”, basado en imágenes originales. Desafortunadamente, su excéntrico colaborador, que poseía la mayoría de las imágenes, arrastró a Eastman a batallas legales y pleitos sobre derechos de autor. Además, la película, terminada en 1931, no pudo ser exhibida porque el Partido Comunista estaba en la cumbre de su influencia, y la había boicoteado y relegado al olvido. Recién se estrenó en 1937. Para alimentar más su odio por el trotskismo de Eastman, se pusieron furiosos porque la película no tenía imágenes de Stalin, por la simple razón (como en los libros de Reed y de Rosmer) que él jugó un papel irrelevante en la revolución. Existe una copia incompleta de la película en la biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

En 1932, Eastman viajó al lugar del exilio de Trotsky en Prinkipo para trabajar la traducción del libro y de otros artículos. En esta instancia Eastman profundizó algunas de las impresiones que ya había descubierto cuando conoció a Trotsky en Rusia, donde había comenzado una biografía que finalmente se convirtió en una semblanza de la juventud de Trotsky. Como dijo Eastman:

Lo idolatré como un héroe (a Trotsky) y todavía lo hago (...) pero no sentía ningún tipo de afecto por él (...) no podía explicar porqué (...) con todas esas charlas íntimas sobre su infancia y juventud (...) nunca intimamos (LR: 558).²¹

Eastman se quedó con las anotaciones de este tiempo en Prinkipo, las que le permitieron mucho después comparar sus primeras impresiones de Trotsky con aquellas tomadas luego de su partida, una semana después. En un principio había escrito:

Trotsky parece el hombre más modesto y humilde de todos los hombres famosos que he conocido. Nunca alardea, nunca habla de él, ni de sus logros, nunca monopoliza la conversación (...) Hoy en día lucha contra todo el peso de la calumnia y la tergiversación mundial de su figura (...) y todavía no ha pronunciado una sílaba que sugiera preocupación por él mismo (...) concuerdo con Lunacharsky después de todo (...) que no hay “ni una gota de vanidad en él” (LR: 558-559).

Pero:

A mí me resulta demasiado seguro de todo lo que cree. Supongo que a eso se refería Lenin en su testamento cuando advertía al partido sobre la ‘excesiva confianza en sí mismo’ de Trotsky (...) cuando esa confianza excesiva en sí mismo se quiebra queda perplejo. No sabe cómo apreciar una duda, como especular. Entre nosotros, por lo menos, consultar está fuera de lugar (Ibíd.).

De todas maneras:

El hombre tiene el encanto infantil de un artista (...) solamente retengo estas (...) tres impresiones: una desembozada ausencia de egotismo, magnanimidad instintiva y algo parecido a la debilidad, o a un hombre sobrecargado con su propia fuerza (LR: 560).

Una semana después, en un tren que salía de Turquía, de alguna manera las impresiones de Eastman se habían desarrollado:

Mi ánimo ha cambiado en un grado tal que apenas podría escribir (aquellas primeras impresiones). Me siento “lastimado” por su íntima y total indiferencia a mis opiniones, mis intereses, mi existencia (...) Nunca me ha hecho una pregunta. Respondió a las mías como un libro podría hacerlo, sin intercambio, sin asumir la posibilidad de un enriquecimiento mutuo (...) Yo era como una cria-

21 Escrito en 1964.



tura amateur que necesitaba ser informada de la verdad técnica que moraba en su mente (LR: 560-561).

El lector contemporáneo, particularmente algún partidario de Trotsky, podría inclinarse a pensar que para el líder Eastman era verdaderamente una “criatura amateur”. Pero luego de su exilio Trotsky defendió públicamente a Eastman como “un amigo y defensor de la Revolución de Octubre” y aquella ocasión intentó convencer a Eastman de que se quedara en Prinkipo por varios meses para continuar con sus colaboraciones. “Él era —escribió Eastman— especialmente inconsciente de lo frívola e infructífera que resultaba nuestra relación” (LR: 568).

Eastman no perdió las esperanzas por la Revolución Rusa hasta 1933, o lo que en los círculos ortodoxos se llamaría la agonía de su “naturaleza progresista”, estuviera Stalin o no. Fue en ese entonces cuando Eastman tuvo que observar la marea creciente de *estalinofilia* en los Estados Unidos, y el modo en que viejos amigos, como Lincoln Steffens, Louis Untermeyer y muchas figuras menos relevantes, fueron barridos de la escena. Pero otra vez Eastman tenía una gran ventaja en comparación con la mayoría de los militantes de la izquierda estadounidense, podía leer la prensa soviética en el idioma original y percibir que “ahora el retroceso cultural seguía al político (...)” (LR: 582) Él se batió, irónicamente, nada menos que con Sidney Hook, en aquel momento el primer filósofo del Partido Comunista, y quien rápido se uniría a Eastman en el rechazo pragmático de Marx. Eastman se convirtió en un columnista habitual de **Modern Monthly**, de V.F. Calverton, desde 1933 hasta el fallecimiento de éste en 1940. Él creía que **Modern Monthly** era el sucesor real de **The Masses** y **The Liberator**, “en el grado que tuvieron uno”. Calverton le rogó a Eastman que tomara el puesto de editor:

Pero sabía la cantidad de harpías, brujas y vampiros que chupan la sangre de los capilares del cerebro de un editor. Ya había tenido suficiente de eso (LR: p. 598).

Mientras tanto, el estalinista **The New Masses**, regularmente ridiculizaba a Eastman llamándolo un “ideólogo social-fascista”. Eastman observó cómo la integridad, creatividad y personalidad de su viejo colaborador para **The Masses**, Joseph Freeman, eran destruidas por el partido. También escribió una historia de la regimentación de Stalin sobre el arte y la cultura, **Artist in Uniform**.²² Pero el aparato cultural del Partido Comunista triunfó en hacer que el libro de Eastman pasara desapercibido.

En este clima, Eastman escribió:

La calidez afectiva por mi figura entre los liberales de New York y los progresistas *radical-minded* bajó a un cero absoluto. En los *cocktails* de Charlie Studin —lo más parecido a un salón literario que teníamos— caminaba airado como La muerte roja en la velada del cuento de terror de Poe (LR: 610).

Mientras tanto, los juicios de Moscú sacaban del medio a la vieja guardia de bolcheviques, a la cúpula del Ejército Rojo, a escrito-

res independientes, a intelectuales y a artistas; y eran aplaudidos en los Estados Unidos por la misma sustanciosa izquierda-liberal, *radical-liberal* y las corrientes “progresistas” estalinistas que suprimían el libro de Eastman, y cometerían crímenes aún peores en contra de todas las corrientes *radical* de la izquierda y del movimiento obrero.

Me resultó —escribe Eastman— enervante ver a gente supuestamente inteligente renunciar a su buen sentido para aceptar una noción que se contradecía por sí misma: la de que todos los líderes conocidos de la Revolución de Octubre, constructores del Estado soviético, habían sido demonios traicioneros y despreciables, excepto uno, y ese mismo, por una sublime e improbable coincidencia, el mismísimo hombre que se las arregló para concentrar todo el poder en sus manos (...) Hasta ese entonces, había intentado mantener una actitud de humilde gratitud por mi mejor entendimiento de los hechos. Pero fue en este punto cuando la tensión se volvió insostenible; la tolerancia se convirtió en una pose. Me permití sentirme el burlón de las mentes añidadas de aquellos intelectuales estadounidenses que fueron engañados por el paródico show con el que Stalin camufló su ataque de totalitarismo absoluto de poder” (LR: 624-625).

En marzo de 1937 Eastman recibió la “honra personal y distinción” de ser denunciado por el mismo Stalin como un “delincuente detestable” y “gangster de la pluma”. El **Daily Worker** del Partido Comunista publicó un titular en tapa: “*Max Eastman is a British Agent*”. Mientras que se desarrollaban estos acontecimientos, y a pesar de tales honores, su “trayecto ideológico estaba acercándose a su inevitable final, con el abandono de la hipótesis socialista después de dos décadas de experimentación” (LR: 631).

En este punto los límites subyacentes de la trayectoria de Eastman, con sus raíces en los cinco años que pasó con Dewey, surgen claramente a la superficie. Para ser caritativo, uno podría decir que en 1937 él habría tenido muy poco acceso a cualquiera de los poderosos análisis marxistas de las “dos décadas de experimentación” que comenzaron a aparecer por ese entonces. Eastman tampoco menciona siquiera, o intenta abordar **La Revolución Traicionada** de Trotsky, sin mencionar los primeros intentos marxistas de analizar la burocracia estalinista como una nueva clase dirigente. Eastman, escribiendo a principios de la década de 1960, no iba a ser influenciado por la gran difusión del primer Marx, o el renacimiento de Hegel, o la publicación de **Grundrisse**, o el vasto fermento de la década de los sesenta, tanto en el Oeste como en el Este, que dio comienzo a un Marx extremadamente nuevo y más complejo. Pero sus memorias sobresalen sobre todo por ser de primera mano, altamente talentosas pero políticamente limitadas, de grandes eventos y poderosos individuos, por quien fuera casi único en estar en el lugar correcto y en el tiempo exacto. Uno no puede ser tan duro con Eastman, dado lo que vivió y la atmósfera en la que estaba inserto, y es él el primero en admitir que no era primordialmente una persona política; y encontró que la política una y otra vez lo apartó de lo que creyó que era su primera vocación, la poesía y

22 [New York, A. A. Knopf, 1934]

la literatura. Como Eastman mismo lo describió, se hizo mundialmente conocido como trotskista a pesar de sus graves dudas sobre Trotsky, simplemente por su honestidad y su particular posición en los eventos.

En 1940 ya estaba listo para publicar un repudio al socialismo pero:

No quería publicarlo en ninguna revista de circulación masiva, aquellas que mis amigos socialistas y progresistas consideraban intrínsecamente reaccionarias (...) A la gente que nunca residió en la patria de la política, la nación dentro de la nación, constituida por aquellos que confrontaban la elevación general de la humanidad con una noción como la de revolución de la clase trabajadora, les resultaría duro comprender cuáles eran mis sentimientos” (LR: 636).

Eastman recurrió a **Reader's Digest**, que publicó el artículo, y agregó, sin su consentimiento, un aval del candidato presidencial republicano de 1940, Wendell Wilkie. Su obituario político circuló por toda la prensa de izquierda, incluyendo el **Partisan Review**, de Dwight Mac Donald. La opinión de Eastman en su período tardío difiere apenas de aquella sostenida visión de que el socialismo es incompatible con la “naturaleza humana” y que la “propiedad estatal” (como si Marx no pensara en abolir el Estado) lleva directamente a la tiranía.

El intento de los “socialistas democráticos” de probar que el marxismo genuino difiere de la interpretación leninista del mismo, es igualmente fútil (...) Es más, la única gran e indudable diferencia política entre Marx y Lenin es que Lenin tuvo una revolución para practicar y Marx no (LR: 645).

Mi propósito con este artículo, una vez más, fue el de mostrar a través de la carrera de Max Eastman cómo el siglo XX (el cual en efecto empezó en 1914) causó gran daño en la tradición revolucionaria estadounidense que existía desde mucho antes de la Revolución Rusa.

Mientras que yo nunca me definiría como un “socialista democrático” (lo cual casi siempre significó social-demócrata), creo que las fuerzas de la historia nos hacen mirar atrás, con nuevos ojos, las diferencias entre Marx y Lenin, y la “bolchevización” de principios de 1920, tal como lo vivieron Max Eastman, John Reed y Louis Fraina, sin mencionar a los militantes obreros de la IWW y la izquierda del Partido Socialista (como aquellos consejeros comunistas letones en Boston).

De ninguna manera quiero significar que la debilidad personal de Trotsky sea la clave por la cual la Oposición de Izquierda falló contra al estalinismo desde 1920. Pero creo igualmente que nadie con experiencia en organizaciones trotskistas puede negar que hay “algo en ese punto”, casi en el mismo sentido que Víctor Serge dijo: “el virus del estalinismo estaba en el leninismo, pero en el leninismo había muchos otros virus que podrían haberse desarrollado en otras direcciones también”. El punto no es “culpar” a Trotsky y a los trotskistas por noventa años de derrotas

obreras, sino comprender la racionalización de esas derrotas en la perspectiva de los trotskistas.

Las contribuciones revolucionarias de extrotskistas, como las de C.L.R. James, el Max Shachtman temprano, el Castoriadis temprano o su ideólogo Agis Stinas,²³ son todavía una porción significativa del desarrollo de la teoría revolucionaria después de 1945. Algunas, como las de James, surgieron explícitamente para contrarrestar los defectos identificados por Eastman.²⁴ Incluso la figura altamente ambigua de Ante Ciliga (un trotskista yugoslavo de finales de los años veinte que, como Eastman, se desplazó a la derecha dura por el impacto del estalinismo) descubre algunos de los mismos defectos en su inolvidable descripción del campo de concentración siberiano de 1930, donde los trotskistas, mencheviques, socialistas revolucionarios y anarquistas se congelaron hasta los talones antes de ser exterminados por el terror estalinista.²⁵

En esta reevaluación, el destino de Max Eastman entre 1910 y 1920 tendrá un rol importante.

[Traducción ligeramente abreviada de Joaquín Vitali del original inglés aparecido en **Critique**, vol. 35, n° 1, abril de 2007. Revisión, notas al pie y entre corchetes de Adriana Petra]

23 Las memorias de Stina, traducidas del griego, no solo ofrecen un panorama del movimiento de trabajadores en Grecia desde la Primera Guerra en adelante, rivales en poder a las de Víctor Serge o las de Eastman, sino que también muestran la desorientación del trotskismo griego bien entrados los años treinta, estorbados por su visión del estalinismo como “reformista” [**Memoires: un révolutionnaire dans la Grèce du XXe siècle**, La Breche, Paris, 1990]

24 Cfr. sobre todo el libro **Notes on Dialectics** [Hegel, Marx, Lenin (1948), London, Allison and Busby, 1980].

25 Ciliga, Ante, **Au pays du grand mensonge** [Paris, Gallimard, 1938], la traducción en inglés se conoce como **The Russian Enigma** [London: Labour Book Service, 1940], reeditado [London: Ink Links, 1979].

**Resumen**

Este artículo proporciona un análisis de la trayectoria de Max Eastman con el objetivo de mostrar el modo en que el siglo XX afectó la tradición revolucionaria norteamericana, que preexistió largo tiempo a la Revolución Rusa. Las fuerzas de la historia nos hacen mirar atrás con nuevos ojos las diferencias entre Marx y Lenin, y la “bolchevización” de principios de 1920, tal como las vivieron Max Eastman, John Reed y Louis Fraina, sin mencionar a los militantes obreros de la IWW y la izquierda del Partido Socialista. La cuestión no es para el autor “culpar” a Trotsky y los trotskistas por noventa años de derrotas de la clase obrera, sino comprender la racionalización de esas derrotas en la perspectiva de los trotskistas.

Palabras clave

Intelectuales, Bolchevismo, Trotskismo, Estados Unidos

Abstract

This article provides an analysis of the career of Max Eastman in order to show how the 20th century affected the American revolutionary tradition that long pre-existed the Russian Revolution. History forces us to look back on the differences between Marx and Lenin, and on the ‘Bolshevization’ of the early 1920s, as lived by Max Eastman, John Reed and Louis Fraina, not to mention the working-class militants of the IWW and the left wing of the Socialist Party with new eyes. The issue is not one of “blaming” Trotsky and the Trotskyists for 90 years of working-class defeats, but far more importantly looking for the hypostatization of those defeats in the outlook of the Trotskyists.

Keywords

Intellectuals, Bolshevism, Trotskyism, EE.UU.